

Un pasado en función de futuro

Deia, 1977-11-16.

He vivido una experiencia inusitada: he visto construir un *Aize-ola*, un horno reductor de mineral de hierro del siglo XIII, en el mismo lugar donde he podido recoger residuos del hierro fundido de esta manera primitiva; luego, ha funcionado perfectamente.

Alguien dirá que para qué sirve hoy un horno así.

Para hacer una película.

Para hacer una película es como decir para establecer un medio de comunicación más, y en este caso pensado para mostrar, entre otras cosas, que se ha ido perdiendo este antecedente rudimentario de la industria metalúrgica vasca. Esta parte del film está siendo rodada bajo la dirección de Pío Caro Baroja y el asesoramiento técnico del ingeniero industrial don Manuel Laborde. He tenido la oportunidad de verlos trabajar, y la preocupación que aflora en ellos es clara. Se quiere disponer de un material didáctico que explique de dónde venimos en las artes de trabajar la madera, la piedra y el hierro, que están en la raíz de nuestra cultura industrial.

Y esto, ¿de qué nos va a servir?

Para lo que sirve, o debería servir, la historia del hombre; para saber de dónde venimos, de cómo hemos andado el camino desde tan lejos, por qué hemos dado los pasos así y no de otra manera, y esto con la intención crítica de decirnos en qué nos hemos equivocado, qué podemos rectificar y cómo. Si con los pasos medidos o arriesgándolo todo en un salto.

Dos formas muy distintas de concebir el "hacer".

De hacer los cambios.

Porque si de algo servirá esta película es para ayudarnos a tomar conciencia de la necesidad del cambio como ley de supervivencia.

No se ha levantado una *Aize-ola* en la ladera de una montaña de Zerain para señalarnos como meta nuestro pasado, sino para conocer el origen del esfuerzo que nos ha conducido donde nos encontramos plantados; con nuestras contradicciones, nuestras viejas reyertas, nuestras banderas, y también el resultado de partir de nuestros recursos, pocos y pobres, las influencias y el trabajo físico y el ingenio y la civilización de un pueblo que se ha ido haciendo a grandes zancadas de tierra y de mar y de sociedad, y también los muchos pasos atrás dados en las guerras inútiles, que han ayudado en sus conquistas imperiales al enemigo, y en las trágicamente fratricidas, ésas en las que hemos enterrado muertos que son de nuestra propia mano.

Para esto tiene que servir esta visión retrospectiva a que nos conduce esta película.

Todos los demás objetivos de recrearnos en lo que hemos sido, en las raíces, el tronco y las ramas, si es para esta vanidad de vernos sólo en el retrato retocado de nuestros abuelos y buscarnos los parecidos, y sentirnos fuertes en los brazos de nuestros

aizkolaris, valientes en la hazaña de darle la vuelta al mundo antes que nadie le supiera por dónde, si es por esto sólo esta historia puede quedar inédita, y no perdemos nada.

Y necesitamos ganar.

Y para ganar en este conocimiento tenemos que saber por qué hemos sobrevivido a pesar de todo en la voluntad de nuestra cultura y nuestra lengua durante estos siete mil años con alguna dignidad: porque esta es la hazaña de nuestro pueblo: el equilibrio de seguir manteniéndose sobre sus dos pies, erecto, hombre, persona, cultura, lengua y sociedad.

Con sus eslabones.

Ojalá que este estar ahora con el pie en el aire, de dar este nuevo y receloso paso político que estamos dando como pueblo, sepamos reparar en lo que hay aquí de viejo instinto de sobrevivir y lo que hay de ese otro de pensar, también, *de qué manera* vamos a quedar vivos. Porque la crudeza de estar luchando por una justicia del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, nos puede hacer caer en la tentación de volver a usar unas armas que nos han hecho imposible la convivencia entre los vascos.

Y con esta convivencia, su libertad.